

Cepa

En Castilla, el hombre rudo o necio es llamado ceporro; en Murcia, cepa.

—Es más cepa que su padre, que confunde la be de burro con la pezuña de un buey— dicen de él los críos en la escuela.

— ¡Si será cepa que ni siquiera sabe hacer una o con un canuto de caña!

El cepa es un personaje simpático. Consecuentemente no se explica el porqué de esa manía persecutoria que los demás desarrollan en su perjuicio. Ignoran los listillos de tumo que precisamente lo que les hace a ellos aparecer como presuntos tales es el hecho de que existan cepas, que de no ser así formarían parte del montón anónimo e incualificado, sin posible punto de referencia, de comparación.

En la escuela, el cepa se lleva todos los castigos, embadurna las libretas, moja distraídamente el dedo en los tinteros, se limpia la pluma en el babi, hace las oes con palote abajo, como aes, le cuesta hilvanar la complicada caligrafía de lahache, y si todos gesticulan a la vez aprovechando que el profesor, vuelto a la clase, escribe en el encerado, siempre el sorprendido es el pobre cepa, él y sólo él.

Recuerdo a un cepa de Quintapellejos, dos cursos mayor que yo, que cursaba primero de Bachiller en el Colegio de San Juan Bautista y a quien los compañeros llamaban desde una puerta entornada en cuyo canto superior habían previamente colocado gran cantidad de libros que caían sobre el infeliz nada más empujarla. Cuando le sometieron dos veces al engaño, el cepa, contradiciendo su natural, dijo:

"dos sí; pero tres, no". Tuvieron, pues, que convertir aquello en un curioso juego que consistía en colocar libros sobre dos puertas no reveladas de las tres que daban acceso a tres aulas próximas. Aquella especie de infantil ruleta rusa murciana, singularmente inocente y divertida, era un acertijo en el que el cepa siempre llevaba las de perder, abriera la puerta que abriera invariablemente llovían libros sobre su camota. Descubrió entonces que le hacían trampas. Y era cierto. Cuando le tocaba el turno al cepa colocaban libros en las tres puertas.

Un día anunció muy ufano el cepa:

—Esta vez no me pilláis, esta vez paso al aula sin que me caigan los libros.

— ¿Cómo vas a hacerlo? —le preguntaron.

—Ahora veréis—dijo con gran determinación.

Y se alejó por el pasillo. Al llegar al final gritó:

—Voy a entrar por la ventana —al decirlo su boca pareció un túnel.

¿Es necesario decir que el dintel de la ventana estaba lleno de libros?

Tenía yo un cepa por compañero de pupitre en el colegio de San Antonio (anterior al de San Juan) que era modelo de compañerismo y afecto, muy voluntarioso, pero algo lento de reflejos. Un día, el profesor de religión—que había estudiado escrupulosamente a los santos padres de la iglesia— dejó caer en clase la estremecedora y descorazonante especie de que los ángeles no tienen sexo (cuestión en la que la verdad sea dicha no habíamos reparado hasta entonces, ni falta).

En el recreo, uno de los compañeros, llevándose un dedo a la boca, cuestionó intrigado:

— ¡Anda le, pues si no tienen sexo, por dónde carajo mean?

La respuesta del cepa fue en aquella ocasión meteórica, brillante, inesperada.

— ¡Por el pato...! —exclamamos todos, sorprendidos.

— ¡Claro, por el pato! —se reafirmó en su juicio el cepa, y sus ojos se revistieron con ráfagas de sabiduría.

— ¿Por qué pato? —preguntamos, confundidos. —Por el pato que tiene entre las piernas.

Entonces comprendimos: se refería al niño con cisne de la estatua-fuente del jardín de Floridablanca.

Nada más agradable que tener por compañero a un cepa. Palabra. Tener próximo a un cepa significa que en adelante ninguna jornada va a resultar sosa y monótona, porque estando junto a un cepa siempre surge algo singularmente gracioso, pues el cepa es capaz de hilvanar las más insospechadas y atrevidas ocurrencias. Y es también el cepa persona agradecida a carta cabal. Basta con que se le haga un favor siquiera mínimo para que esté de por vida queriendo devol-

verlo. Es generoso y complaciente, se enfurruña cuando se le pone en ridículo; mas le pasa pronto el disgusto. Para ser cepa hay que tener mucha correa, porque, se quiera o no, cuando varios van caminado a la vez y se pierde un bofetón, ¿quién se lo lleva?, el cepa, claro; cuando hay un charco en la calle, ¿quién se mete en él?, el cepa, claro... El cepa es ese feliz mortal que cuando intenta aprender a rodar en bicicleta rompe tres o cuatro docenas de sillas, arremete contra los puestos de verdulería o pasa la llanta por encima del lomo de los perros o se lleva por delante un a paella de conejo. El cepa es aquél a quien los críos invitan a dar una patada a una capaza en la que previamente han puesto una piedra. El cepa es el que tiene ocurrencias del tenor del que asó la manteca. El cepa es el que cuando los amigos le llevan a rondar le dicen muy abónico, en voz baja: " ¡vamos a arrimar nos a aquélla!" Y se arriman; mas tanto que alguno de ellos le suelta a la moza un buen repizco en la parte trasera de las nalgas, donde mayor sea la robustez, y salen corriendo de jando al cepa quieto, inmóvil, plantado al lado de la moza, para recibir el soberano sopapo que ésta le propina, sin que él sepa porqué.

El cepa es confiado, se lo cree todo. Si los amigos dicen que se ponga un espejo en la punta del zapato y que se vaya a Platería, y que cuando vea un ramillete de buenas zagalas hablando meta con disimulo la puntera bajo sus piernas para verles las bragas, lo hará, seguro; pero si algo logra será estrellarse la nariz contra un escaparate por no mirar hacia adelante, o ponerle la puntera bajo el mandil al grandullón de Paco el de la Viña, o temblar, disculpándose, ante el ofendido marido que le sujeta por las solapas.

Dicho sea en aras de la verdad, en Murcia nunca faltaron reprimidos mozos —oficiantes de gamberros— provistos de espejito en la puntera del zapato, aspirantes a colocarlo con gran disimulo bajo los revuelos falderos de las universitarias o de las mozas de servicio. Pero las cosas como son: ¿éramos todos cepas?

Al cepa, para correrle, le dicen que en su pueblo son tan burros que en vez de poner "stop" en las señales ponen "sooo"; pero él ni se inmuta con lo cual prueba que es indulgente y no tan rudo como creen los demás. Al cepa le tachan de tonto, cuando a veces pocos le aventajan en clarividencia.

Veámoslos si no en el siguiente caso, tenido por rigurosamente verídico.

Se cuenta de un cepa que vivía donde La Sartén del Malecón, y a quien su padre le dio dinero un día para que fuera a pagar la contribución. El muchacho tomó el dinero, lo ató con cuatro nudos en el pañuelo, se lo metió en el bolsillo, cogió su bicicleta y se fue a la plaza de Santa Gertrudis a cumplir el encargo.

Una vez allí, se instaló en la larga cola que por la estrecha acera daba la vuelta a la manzana, pasando Sindicatos y llegando hasta la casa-cuartel de la Guardia Civil, "Todo por la patria". (¡Para que luego digan que el contribuyente español no es disciplinado!) Después de soportar dos horas de caneo solar sobre la cabeza, el muchacho sacó el atadillo que le había preparado la madre, agarró el bocadillo de sardinas fritas con acelgas, dio un bocado al tomate crudo, lo roció con el papelico de sal y se comió todo aquello sin prisa ni pausa.

A mediodía estaba ya, felizmente, en la puerta de la Recaudación de Contribuciones, lo cual le permitió divisar cómo se cerraban las ventanillas hasta la jornada de tarde. De los que aguardaban cola nadie se movió. Algunos comentaron:

Yo no me voy. Ya que he perdido un jornal, no voy mañana a perder otro.

—La culpa la tengo yo por hacer caso a mi Marica: si hubiera hecho lo que yo quería, venir a las cinco de la mañana, para ahora ya estaría despachao.

Por su parte, el cepa agarró con las dos manos el pañuelo donde llevaba el dinero y se echó a dormir la siesta. Luego reabrieron las ventanillas; pero la cola avanzaba muy lentamente, tanto que hubieron de encender las luces por que ya empezaba a anochecer, y aún seguía la cola donde mismo. En esto el cepa comenzó a ponerse nervioso, se rasgó la cabeza desazonado, se llevó la mano a la nariz, dio media vuelta y se marchó a su casa.

Al saberlo, el padre no pudo por menos que reprender le muy severamente:

— ¡Si serás cepa, demonios! ¡mía tú que estar allí to er día y venirte al final sin pagar el rento!

— Es que verá, páere, resulta que estaba yo en la cola, y delante un ciego.

— Bueno, ¿y qué?

— Pues na, que de pronto me llega la tufá de un péo que por poco si me tira de agrio, y al rato otro más pestoso aún, y todavía dos más...

— ¡Coño! ¿Y por eso te vienes...?

—No, páere, no fue por esos. Fue porque al puñetero ciego le dio entonces por cantar: "Me quedan cuarenta iguales, me quedan cuarenta iguales..." Conque ya verá usted, páere, si me iba a quedar yo allí. ¡Cualquiera resiste cuarenta iguales que aquellos...! ¿Usted qué habría hecho en mi puesto, páere...?

Lector: ¿Qué habrías hecho de haber estado en el pe llejo del cepa?